

EL PROBLEMA DE LAS MIGRACIONES Y EL SOCIALISMO*

LUDWIG VON MISES

I

LAS DIFERENCIAS NACIONALES Y LAS MIGRACIONES

Si las relaciones comerciales gozaran de entera libertad, sólo se utilizarían las condiciones de producción más favorables. Las materias primas se producirían en aquellos lugares en que, en igualdad de condiciones, pudieran dar el mayor rendimiento. La industria de transformación se situaría allí donde para fabricar una unidad de mercancía (totalmente lista para su consumo) fuese necesario el mínimo de gastos de transporte. Para que los obreros se establecieran en la vecindad de los lugares de producción, debería adaptarse la distribución de los habitantes a las condiciones naturales de la producción.

Las condiciones naturales de la producción sólo son inmutables cuando lo es también la economía misma. Las fuerzas que imprimen su movimiento a la economía no dejan de transformarlas. En la economía que se transforma emigran los hombres de las zonas menos favorecidas, desde el punto de vista de la producción, hacia las regiones que ofrecen más ventajas. En la organización económica capitalista emigran capital y trabajo a las comarcas en que las condiciones son más favorables, como resultado de la presión que ejerce la competencia. En la comunidad socialista se produce el mismo hecho, según las decisiones de quienes dirigen la economía. Siempre acontece el mismo fenómeno: los hombres emigran hacia los lugares en que hallan los medios de vida más favorables¹.

* *Socialismo*, capítulo XIII, Unión Editorial, 2007, pp. 231-236.

¹ Véase la exposición que hago en *Nation, Staat und Wirtschaft* (Viena, 1919), pp. 45 ss, y en *Liberalismus* (Jena, 1927), pp. 93 ss [en español, 3.ª ed. en *Sobre liberalismo y capitalismo* (Unión Editorial, 1995), pp. 141 ss].

Estas migraciones tienen consecuencias muy importantes en la organización de las relaciones internacionales. Inducen a los habitantes de un país que ofrece posibilidades menos ventajosas de producción en su suelo a trasladarse al de otras naciones más favorecidas por la naturaleza. Las condiciones en que se producen estas inmigraciones pueden provocar resultados opuestos. O bien los inmigrantes son asimilados por el nuevo medio, y entonces la nación de los emigrados se debilita proporcionalmente al número de personas emigradas; o bien éstos conservan en la nueva patria su carácter nacional, e incluso asimilan a los habitantes del país, y entonces es la nación que los recibe la que puede sufrir por esta inmigración un perjuicio en su posición nacional.

El hecho de pertenecer a una minoría nacional crea muchas desventajas políticas a quienes forman parte de ella². Estas desventajas son tanto más fuertes y sensibles cuanto más extenso es el radio de acción del poder político. En un Estado claramente liberal tales desventajas se hacen sentir en el menor grado posible, y lo contrario sucede en un Estado socialista. Cuanto más se sienten estas desventajas, mayor es el deseo, en cada pueblo, de proteger a sus conciudadanos del destino que afecta a las minorías nacionales. Crecer en número, constituir la mayoría en vastas y ricas regiones, se convierte en un fin político digno de un gran esfuerzo; en eso consiste el imperialismo³. En los últimos treinta años del siglo XIX y en los primeros del XX, el imperialismo empleaba, como medios que servían a sus fines, las ofensivas de política comercial: tarifas proteccionistas, prohibiciones de importación, primas a la exportación, ventajas en los fletes y otras semejantes. Se ha prestado menos atención a otro medio importante de la política imperialista, que cada día reviste mayor significación: las barreras creadas contra la inmigración y la emigración. Pero la *ultima ratio* de la política imperialista es la guerra. Los demás medios que emplea sólo le parecen recursos insuficientes.

Nada nos autoriza a creer que en el Estado socialista sería menos desventajoso pertenecer a una minoría nacional. Más bien

² Véase *Nation, Staat und Wirtschaft*, pp. 37 ss.

³ *Nation, Staat und Wirtschaft*, pp. 63 ss, *Liberalismus*, pp. 107 ss [pp. 197 ss de la edición española].

sería lo contrario. Cuanto más dependa el hombre de la autoridad en todas las cosas, más importancia alcanzarán las decisiones de los cuerpos políticos para la vida de cada individuo, y más fuertemente se sentirá la impotencia política a que están condenadas las minorías nacionales.

No obstante, si estudiamos el problema de la migración en la sociedad socialista, podemos prescindir de examinar especialmente las dificultades que surgen entre las naciones debido a las migraciones. Porque en una comunidad socialista tienen que producirse ya entre miembros de una misma nación dificultades causadas por el problema del reparto del suelo —problema que carece de interés para el liberalismo, pero que es capital para el socialismo.

II

LA TENDENCIA DESCENTRALIZADORA DEL SOCIALISMO

En la economía capitalista el capital y el trabajo se mueven hasta que el beneficio alcanza en todas partes el mismo nivel. El estado de equilibrio se logra cuando el capital y el trabajo llegan a la misma productividad marginal en todos los casos en que se emplean.

Consideremos primero las migraciones de trabajadores, omitiendo de momento las migraciones de capital. Los trabajadores que acuden en masa a determinado lugar influyen sobre la productividad marginal. Baja la renta del trabajo, el salario, y por este motivo son perjudicados los obreros que ya trabajaban en dicho lugar antes de la inmigración. Estos trabajadores ven en los emigrantes la causa de la reducción de sus salarios. Su interés particular exige que se prohíba la inmigración. Impedir la afluencia de inmigrantes se convierte en punto importante del programa de la política particular de los grupos de trabajadores.

El liberalismo ha puesto de relieve quiénes son los que corren con el coste de esta política. Ante todo, los obreros afectados, que tienen que contentarse con un salario bajo en aquellos lugares en que las condiciones de producción son menos favorables y donde la productividad marginal es menor. En segundo lugar, los

propietarios de los medios de producción que aseguran condiciones más favorables, los cuales no pueden alcanzar el resultado que podrían obtener si emplearan un mayor número de obreros. Esta política produce aún otros efectos. Un sistema que protege los intereses particulares inmediatos de diferentes grupos dificulta la producción general y en definitiva perjudica a todos, incluso a los que originariamente pretendía favorecer. ¿Cuál será el resultado final para el individuo? ¿Ganará o perderá con el sistema de protección, si se compara con el beneficio que le procuraría la plena libertad de movimiento económico? Esto depende del grado de protección que se conceda, a él y a los demás. Sin duda, el resultado total de la producción con el sistema proteccionista es inferior al que se obtiene con la economía libre, y el promedio de ingreso es también menor en este caso. Pero también es posible que con el sistema proteccionista algunas personas obtengan mayores ventajas que con la economía libre. Cuanto más rigurosamente se aplique la protección a los intereses particulares, mayor será la pérdida general para la colectividad y tanto menos verosímil que pueda haber individuos que en este régimen ganen más de lo que pierden.

Por lo demás, desde que existe, en principio, la posibilidad de salvaguardar intereses particulares y privilegios, se entabla una lucha entre los interesados para saber quién tendrá preeminencia sobre el otro. Cada uno trata de aventajar a su vecino y de adquirir más privilegios que los demás, a fin de lograr más beneficios. La idea de una protección igual para todos los intereses, sin excepción alguna, es un espejismo nacido únicamente de una teoría superficial.

Porque si todos los intereses particulares estuviesen protegidos en el mismo grado, nadie sacaría provecho de esta protección. Todos sentirían por igual los inconvenientes de una menor productividad. Cada individuo abraza la esperanza de obtener para sí una protección más alta, que le dé ventajas sobre aquellos que estén menos protegidos, y esto es lo único que inclina hacia los sistemas proteccionistas. Cada uno pide a quienes tienen el poder que le concedan y mantengan privilegios particulares.

Al descubrir los efectos de la política proteccionista, el liberalismo quebrantó las fuerzas que luchaban por la obtención de privilegios. Por fin se había llegado al convencimiento de que, en el

mejor de los casos, habría muy pocas personas que pudieran obtener un auténtico beneficio con el sistema proteccionista y de que, por el contrario, la gran mayoría perdería con él. Esta comprobación privó a los defensores del sistema proteccionista del apoyo de las masas; los privilegios desaparecieron porque habían perdido popularidad.

Para resucitar el sistema proteccionista era primero necesario aniquilar al liberalismo. El ataque se lanzó por dos flancos. Desde el punto de vista nacionalista y desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores y de la clase media, amenazados por el capitalismo. El punto de vista nacionalista cristalizó en un esfuerzo para cerrar las fronteras; y el segundo punto de vista, al conceder privilegios a los empresarios y obreros que no eran suficientemente fuertes para sostener la competencia. Pero una vez que el liberalismo se vio completamente vencido, y que el sistema proteccionista no tenía que temer ataque alguno de su parte, nada se oponía ya a la ampliación del dominio de los privilegios particulares. Se creyó por mucho tiempo que las medidas de protección territorial quedaban limitadas a las fronteras nacionales y políticas, de modo que no se pudiera pensar nuevamente en el restablecimiento de aduanas interiores, en la supresión de la libertad de circulación y en otras medidas por el estilo. Sin duda no se podían concebir estas medidas durante el tiempo en que todavía pesaba sobre el ánimo general lo que sobrevivía de las ideas liberales. Cuando Alemania y Austria se desembarazaron por completo de ellas, en la economía de los años de guerra, vieron cómo se introducían, de la noche a la mañana, toda clase de medidas locales de aislamiento. A fin de asegurar a su población alimentos baratos, los distritos de producción agrícola superabundante se agruparon para aislarse de los distritos que no podían alimentar a su población sino mediante la importación de víveres. Las ciudades y las regiones industriales hicieron más difícil la inmigración, para impedir el alza de los comestibles y de los alojamientos. Los intereses particulares de las diferentes regiones rompieron la unidad del territorio económico sobre la cual el neomercantilismo de Estado había fundado sus planes.

Aun admitiendo que el socialismo pueda alguna vez realizarse, hay que reconocer que surgirían grandes dificultades para

la realización homogénea del socialismo mundial. Es posible —eventualidad que no puede descartarse— que los obreros de los diferentes países, distritos, comunas, empresas e industrias, estimasen que los medios de producción que se hallan en su dominio les pertenecen en propiedad, de la cual ningún «extraño» debe sacar ventaja. Así, pues, el socialismo se descompondría en numerosas comunidades socialistas independientes, en caso de que no quedara reducido a mero sindicalismo. El sindicalismo no es sino la realización lógica del principio descentralizador.